

LOS LIBROS

UNA NOVELA ALEMANA

La Editorial Cenit es una de las escasas editoriales españolas que procede con cierta orientación ideológica y artística determinada en la publicación de sus obras. A pesar de esto o tal vez por esto mismo—como quiera interpretarse—la casi totalidad de los libros publicados por ella se mantienen siempre dentro de un círculo más o menos homogéneo, en cuanto al valor intrínseco de los volúmenes, editando también a veces obras notablemente sobresalientes como «*El Cemento*» de Fedor Gladkov, «*Sobre el Don Apacible*» de Miguel Cholokhov o «*Los Hermanos*» de Constantino Fedín.

Casi todas las obras de Cenit vienen precedidas de palabras liminares escritas por los propios editores: discretas, justas, honradas. Casi nunca, en ellas, parece el elogio desmesurado, sin relación con el volumen entregado al público.

Estas cualidades que reconocemos desde hace tiempo a la Editorial Cenit nos hicieron entrar en la lectura de «*Hotel América*» con cierta confianza aunque desconocíamos a su autora completamente; además, una nota prologal la acrecentaba:

«Se habla mucho de literatura *documental*. Entre esos libros que son *documentos*, que no aspiran a poner una careta a la vida ni a levantar una mentira más o menos bella delante de la realidad, sino a presentar la realidad tal cual ella es, en proyección viva, se cuenta el presente. Con él revelamos a los lectores de habla española a una nueva escritora proletaria y enriquece-

mos nuestra colección con un nuevo trozo palpitante de experiencia social».

Tenemos el deber de manifestar que por esta vez los editores no han acertado. No suponemos en ellos que el propósito de lucro haya provocado las palabras anteriores, sus antecedentes invalidan tal suposición. Creemos más bien que se han equivocado sinceramente al apreciar en esta forma «*Hotel América*».

La autora de esta novela, María Leitner, es alemana. Sin embargo «*Hotel América*» parece escrita por esos simplotes novelistas yanquis, que alcanzan grandes tirajes con sus novelones y que son primeramente publicados por los numerosos magazines norteamericanos. Es verdad que a esta novela la recorre cierto aliento manifiesto de protesta social, pero él no es suficiente para que su autora sea llamada escritora proletaria. Entendemos que para merecer tal calificativo no basta solamente mirar la realidad desde un punto de vista determinado, atacar la organización presente de la sociedad, sino también es necesario poseer cualidades primordiales para poder embellecer y hacer resaltar por este medio las injusticias que se desean expresar.

María Leitner nos presenta en «*Hotel América*» la vida de un gran hotel norteamericano en sus dos aspectos, es decir, en el de los huéspedes y en el de la servidumbre. La boda de los primeros, fastuosa, llena de todas las comodidades que ha creado la civilización para los que poseen capacidad económica suficiente para aprovecharlas; la de los segundos, miserable, zarrapastrosa, repleta de humillaciones y amarguras, como la de todos los que luchan cotidiana y desesperadamente por el pan, en condiciones desfavorables. Una intriga elemental y folletinesca, más bien, de mala película norteamericana, sirve de eje para mostrar la vida dual del Hotel, algunas de cuyas escenas están pintadas más o menos con acierto. Pero no existe profundidad en el análisis de los caracteres, pasa por la superficie de estos y como tal, no se detiene a estudiar con amplitud el porqué de los resortes psicológicos, de las reacciones interiores que agitan a los mismos.

El hecho exterior, directo, o sea, el estado de vida deplorable de la servidumbre está definido con precisión, pero sin grandeza. Se explica, se justifica la rebelión de ésta ante sus amos y la solidaridad de los demás empleados del Hotel, que poseen mejor situación, por ese instinto que en ciertos momentos hace unirse a las masas. Se explica, se justifica, pero María Leitner no ha sabido sacar de estos hechos consecuencias artísticas estimables ni siquiera mediocres. Ni aun humanas. Porque careciendo de vigor analítico y expresivo todos los personajes aparecen desdibujados, torpemente incompletos y no logran producir en el lector ese sentido de identificación solidaria, de comprensión penetrante, vital. Parecen títeres movidos sin habilidad. Además la excesividad de diálogos—es una verdadera novela dialogada, si así pudiera llamarse—daña considerablemente el desarrollo de la misma pues impide la concentración de la autora y el desenvolvimiento, en superficie y en profundidad, sobre todo, de algunos problemas que apenas se insinúan en el sentido psicológico.

Por otra parte, existe falsedad en el estudio de algunos de los protagonistas. Uno de ellos, por ejemplo,—el de Shirley, muchacha sirviente del establecimiento—es manifiesta. Shirley está aburrída de la vida de trabajo agotador que hace en el Hotel. Tiene sus cálculos, sus proyectos que realizará al otro día ayudada por un huésped que se ha hecho su amigo y al cual cree ella interesar, aun más, supone que la ame. Porque Shirley es ambiciosa y siempre ha pretendido vivir la vida de esos seres distinguidos y ricos que habitan en hotel como parroquianos y no la que sufre en la actualidad. Ella misma piensa que al otro día se encontrara entre los huéspedes y no en la servidumbre, a la cual mira con indiferencia. Nunca los problemas colectivos de esta le han preocupado, sólo la solución de su problema personal que espera alcanzar individualmente. Ha vivido todo el último tiempo desligada de las aspiraciones que aquella sustenta.

Pero resulta que ese mismo día la servidumbre se rebela, de-

clarándose en huelga por la pésima alimentación que recibe y entonces es Shirley la que sale a la defensa de sus compañeros de trabajo, en actitud de leader. Perora, grita, acciona, se sitúa frente al jefe, enrostrándole de frente las condiciones tristes en que viven. Esta actitud de Shirley, la autora de «*Hotel América*» la explica simplemente con la seguridad que tiene la muchacha de abandonar el trabajo del hotel al otro día. Pero no hay nada que deje ver el proceso, la metamorfosis interior que ha debido sufrir la sirvienta para llegar a semejante posición, suponiendo que la causa señalada por la autora fuera la determinante. Tampoco existe ningún antecedente, de orden externo ni interno, que así lo haga esperar. A una mujer ambiciosa, arribista, que sabe que pronto ha de abandonar a los que son sus compañeros de trabajo y que se situara, precisamente, en el plano opuesto, poco le puede importar lo que estos hagan, ansien o esperen. Su vida, desde ya, nada de común tiene con ellos.

En cuanto a que este libro sea un documento, como dicen los editores, es otra afirmación inconsistente. El no nos muestra la vida que ha pretendido presentar tal cual es, sino más bien es una caricatura de esa vida. Sin duda hay algunos aspectos estudiados con certeza, pero son fugaces y no impiden que el tono general de «*Hotel América*» se mantenga en su pareja posición de desvalorización estética.

En lo referente al estilo, esta obra carece de él. Está escrita en un lenguaje sencillamente periodístico.

A. T.



LA JEUNE PEINTURE BELGE, por André de Ridder.

André de Ridder, uno de los críticos europeos más enjundiosos y acertados en materias artísticas, es autor de esta obra sobre la actual pintura belga, pintura que es considerada por el excelente crítico de arte, el catalán Sebastiá Gasch, como la ma-